

Homilía de XXV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2020 - 2021 - (Ciclo B)

“Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos”

Introducción

Los textos bíblicos de este domingo nos plantean situaciones que podemos comprender, que podemos conocer porque se siguen dando entre nosotros: el rechazo de los que no piensan, sienten, creen, obran como nosotros; el contraste de obrar desde la envidia o desde la sabiduría, la misericordia; los oídos cerrados cuando no se quiere escuchar lo que es contrario o no coincide con los propios intereses.

Y la Palabra, nos enseña a vivir. Enseñar a vivir, invitar a abrirnos a nuestra realidad, interna y externa, tomar conciencia, y dar respuesta a las necesidades de todos, no solo a mis necesidades. Dar respuesta en un contexto y con un espíritu comunitario.

La Palabra conduce a la reflexión, meditación, la escucha de su significado, su sentido, su espíritu, el de la Palabra, para la vida de cada cual, no tanto para la vida de los demás. Cada cual revise su comportamiento, sus responsabilidades, sus compromisos, su vida, y no haga comparaciones, éstas son siempre ociosas y odiosas.

La comparación aporta datos que no son verdad. En la comparación anida el germen de la envidia. Cada cual es cada cual, y cada cual tiene sus necesidades, deseos, expectativas, lo que llamamos motivaciones, en contextos diferentes... la comparación no es justa.

Erigirse en juez de los demás, maestro de los demás, es creerse en posesión de la verdad y arrogarse un poder que no se tiene; es actuar desde la fuerza, la rivalidad.

Somos vulnerables, aceptemos que somos débiles, no somos perfectos, estamos en camino siempre, progresamos, avanzamos, crecemos, y necesitamos de los demás, necesitamos de Dios, pidámosle no satisfacer nuestras pasiones (Sant 4,3), sino sabernos amados, acogidos, de tal forma que, desde la misma experiencia, amemos y acojamos.



Fr. José Luis Ruiz Aznarez OP
Convento de Predicadores Cardenal Xavierre (Zaragoza)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 2, 12. 17-20

Se dijeron los impíos: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si es el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará y lo librará de las manos de sus enemigos. Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según, dice Dios lo salvará».

Salmo

Sal. 53, 53, 3-4. 5. 6 y 8 R/. El Señor sostiene mi vida.

Oh Dios, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder. Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras. R/. Porque unos insolentes se alzan contra mí, y hombres violentos me persiguen a muerte, sin tener presente a Dios. R/. Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida. Te ofreceré un sacrificio voluntario, dando gracias a tu nombre, que es bueno. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol Santiago 3, 16–4, 3

Queridos hermanos: Donde hay envidia y rivalidad, hay turbulencias y todo tipo de malas acciones. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar intachable, y además es apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera. El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz. ¿De dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros? ¿No es precisamente de esos deseos de placer que pugnan dentro de vosotros? Ambicionáis y no tenéis; asesináis y envidiáis y no podéis conseguir nada, lucháis y os hacéis la guerra, y no obtenéis porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, con la intención de satisfacer vuestras pasiones.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 9, 30-37

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará». Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

Pautas para la homilía

¡Qué triste pensar que todo lo sabemos, qué todo lo controlamos...!

Por eso, cuando alguien se atreve a llevarnos la contraria, pensamos, hay que hacerle callar, hundirlo como sea y, normalmente, no se hace con razones, con argumentos, se hace con el insulto, la calumnia, la fuerza.

Cuando alguien interrumpe, juzga y pone en entredicho nuestro objetivo, nuestro proyecto, nuestras creencias, pensamos en cómo hacerlo desaparecer, antes de plantearse la necesidad, quizá, de escucharlo.

No escuchar al otro significa falta de aprecio, consideración, oportunidad, pobreza por nuestra parte, nos encerramos en nosotros mismos y, consecuentemente, empequeñecemos nuestras capacidades y nuestra misma condición de seres humanos. ¿Esto es algo extraño? No, por desgracia. Desde la soberbia, por miedo, inseguridad, envidia, adoptamos posturas que justificamos como dice el libro de la Sabiduría: “Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues según dice, Dios lo salvará” (2, 19-20)

El sabio escucha, el sabio medita, el sabio contempla, el sabio acoge, el sabio tiene presente a Dios que es quién le inspira su respuesta; no es su necesidad, ni su seguridad, ni su deseo, la razón de su vida. El sabio sabe lo que es y significa la confianza, confiar.

¡Qué mala es la envidia!

La envidia, esa mirada oblicua, rencorosa y doliente, que no actúa desde la concordia, la misericordia, la imparcialidad, con sabiduría (Sant 3, 16-4,3; Sab 2, 12.17-20).

La envidia, la rivalidad, son razón de unas relaciones dañinas. La sabiduría, sin embargo, es apacible, comprensiva, conciliadora, misericordiosa, da buenos frutos, imparcial y sincera... (Sant 3,17)

Es un trastorno, un sin sentido, una vida insatisfecha, ambicionar y no tener, envidiar. La envidia anida en el corazón, es razón de mucha tristeza... Hay una definición del filósofo Kant en su *Metafísica de las costumbres* sobre la envidia que nos ayuda a comprender lo perjudicial de la misma: “Las bases de la envidia, por tanto, están en la naturaleza del hombre, y solo la explosión evidente de ese sentimiento es lo que le hace caer en el odioso vicio de una pasión triste, que acaba martirizando a quien la prueba, y que tiende, al menos en el deseo, a destruir la felicidad de los demás; consecuentemente es contraria tanto al deber respecto de sí mismo como al deber en relación con los demás.”

Pedid, pero pedid bien, no sólo pensando en vuestro bien particular... (Sant 4,3)

¡Qué error no escuchar, no enterarse de lo que tenemos delante de nuestros ojos!

Hubo momentos y espacios que Jesús dedicó especialmente a sus discípulos... se les suponía más preparados para entender cosas que los demás no podían pues carecían de referencias y experiencias consecuencia de una convivencia y relaciones más estrechas... Pero los discípulos parece que eran selectivos a la hora de enterarse de aquello que el Maestro les hablaba.

Jesús anuncia, es el segundo anuncio, cuál va a ser su destino consecuencia de su obrar y respuesta del ser humano que ve amenazada su seguridad, su poder, su verdad. Los discípulos, tienen su cabeza y su corazón en otro sitio. Demasiado, quizás, centrados en sí mismos. Cada cual a lo suyo... ambicionando su seguridad, su poder, su verdad. Oían, no escuchaban, no podían entender, por tanto, lo que Jesús les decía, pero tampoco preguntaban por si acaso, lo que nos hace pensar que algo intuían. Ya sabéis eso de “ojos que no ven, corazón que no siente”, lo que no se sabe, no lo hemos oído, no nos compromete. Vamos a asegurarnos el primer puesto

Parece evidente que los discípulos pensaban lo contrario que su Maestro. La causa que movía a Jesús (los últimos de esta tierra, los “niños”), no era lo más importante para sus discípulos. Cada uno pensaba en sí mismo.

Invito a la reflexión de las siguientes cuestiones: Primera, entender que significa servir y hacerlo por amor. Segunda, qué significa “ser como niños”. Tercera, acoger y sentirse acogido: “El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado” (Mc 9, 37).



Fr. José Luis Ruiz Aznarez OP
Convento de Predicadores Cardenal Xavierre (Zaragoza)



Segundo anuncio de la Pasión

Marcos 9, 29-36

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos. Les decía: - El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará. Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaúm, y una vez en casa, les preguntó: - ¿De qué discutíais por el camino? Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: - Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: - El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.

Explicación

Las mismas pretensiones que tenemos hoy de ser importantes, admirados y los primeros, tenían los primeros amigos de Jesús. Y El con enorme paciencia les decía una y otra vez: "Quien quiera ser el primero y el más importante entre vosotros, que se haga servidor de todos".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos y les decía:

JESÚS: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará».

DISCÍPULO 1: Señor, como no te expliques mejor... No te entendemos nada.

NARRADOR: Entre ellos murmuraban y discutían cosas, pero no se atrevían a preguntar nada a Jesús.

DISCÍPULO 2: Lo que nos está diciendo el Maestro a mí me desconcierta, pero no me atrevo a decirle nada.

DISCÍPULO 1: Oye, ¿quién será el más importante entre nosotros para el Maestro?

DISCÍPULO 2: No lo sé, pero cualquiera le pregunta nada ahora...

NARRADOR: Llegaron a Cafarnaúm, y, una vez en casa, les preguntó:

JESÚS: «¿De qué discutíais por el camino?»

NARRADOR: Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

JESÚS: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos».

DISCÍPULO 1: Ahora sí que me acaba de descolocar del todo.

NARRADOR: Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:

JESÚS: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández